

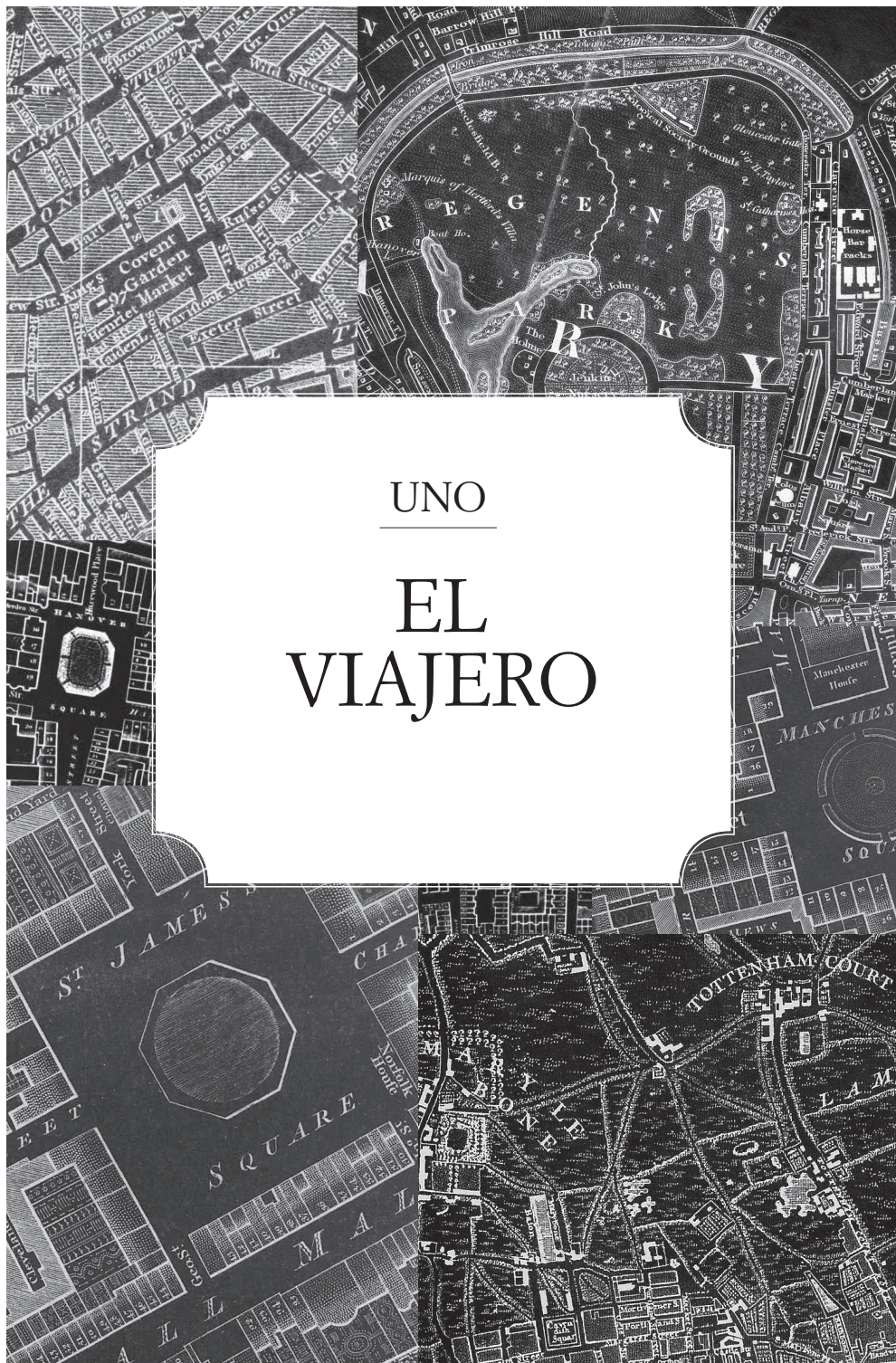
V. E. Schwab

Una magia más oscura

Sombras de magia 1

Traducción de Julieta Gorlero

minotauro



UNO

EL
VIAJERO

I



Kell vestía un abrigo muy peculiar.

No tenía un lado, que sería lo convencional, ni dos, lo que sería inesperado, sino varios; lo que era, por supuesto, imposible.

Lo primero que hacía cuando pasaba de un Londres a otro era quitarse el abrigo y doblarlo de fuera hacia dentro una o dos (o incluso tres) veces, hasta encontrar el lado que necesitaba. No todos ellos estaban a la moda, pero cada uno tenía un propósito. Había algunos que pasaban desapercibidos, otros que destacaban, y uno que no tenía finalidad alguna, pero que a él le gustaba particularmente.

Así que cuando Kell atravesó la pared de palacio y entró en la antesala, se tomó un momento para recomponerse —viajar entre mundos le pasaba factura—, y luego con una sacudida de hombros se quitó el abrigo rojo de cuello alto y lo dobló de dentro hacia fuera y de izquierda a derecha para que se transformase en una simple chaqueta negra. Bueno, una simple chaqueta negra elegantemente ribeteada con hilo plateado y adornada con dos columnas de relucientes botones plateados. El hecho de que adoptase una paleta de colores más modesta cuando estaba fuera (con el deseo de no ofender a la realeza local ni llamar la atención) no significaba que también tuviese que sacrificar la elegancia.

«Oh, reyes», pensó Kell mientras se abotonaba el abrigo. Empezaba a pensar como Rhy.

En la pared detrás de él, apenas se podía distinguir el borroso símbolo que su traslado había dejado. Era como una huella en la arena que comienza a disiparse.

Nunca se molestó en marcar la puerta desde este lado, porque lo cierto es que nunca regresaba por aquí. La distancia entre Windsor y Londres era tremendamente inconveniente si se tenía en cuenta que cuando viajaba entre mundos, Kell solo podía desplazarse desde un lugar en un mundo hasta el mismo lugar exacto en el otro. Lo que era un problema, ya que no había un Castillo de Windsor situado a un día de viaje desde el Londres Rojo. De hecho, Kell acababa de salir de la pared de piedra de un patio que pertenecía a un caballero adinerado en un pueblo llamado Disan. Disan era, en términos generales, un lugar muy agradable.

Windsor no lo era.

Impresionante, seguro. Pero no agradable.

Había una repisa de mármol apoyada contra la pared y encima de ella lo esperaba una vasija con agua, como siempre. Se enjuagó la mano ensangrentada y también la moneda de plata que había usado para el traslado, luego deslizó la cadena de la que esta colgaba sobre su cabeza y metió la moneda nuevamente debajo del cuello de su vestimenta. En el pasillo contiguo, se oían los pasos arrastrados y el murmullo débil de sirvientes y guardias. Había elegido la antesala a propósito para eludirlos. Sabía muy bien lo poco que le gustaba al príncipe regente que él estuviera ahí, y lo último que Kell quería era toparse con público, un grupo de oídos, ojos y bocas que le contara al heredero cada detalle de su visita.

Encima de la repisa y la vasija colgaba un espejo con marco bañado en oro, y Kell revisó su reflejo con rapidez —el pelo, de un marrón rojizo, le caía sobre un ojo y él no se molestó en apartarlo, aunque sí se tomó tiempo para alisar los hombros de su abrigo—, antes de pasar a través de un conjunto de puertas para encontrarse con su anfitrión.

En la habitación hacía un calor sofocante —las ventanas estaban cerradas a pesar de lo que parecía ser un hermoso día de octubre—, y el fuego ardía de manera asfixiante en la chimenea.

George III estaba sentado a su lado, con una bata que empequeñecía su debilitado cuerpo y una bandeja de té intacta frente a sus rodillas. Cuando Kell entró, el rey se agarró a los bordes de la silla.

—¿Hay alguien ahí? —vociferó, sin darse la vuelta—. ¿Ladrones?, ¿fantasmas?

—No creo que los fantasmas fueran a responder, Su Majestad —dijo Kell, anunciándose.

El convaleciente rey esbozó una sonrisa putrefacta.

—Maestro Kell —dijo—, me has hecho esperar.

—No más de un mes —respondió, dando un paso adelante.

El rey George entornó sus ojos ciegos.

—Ha pasado más tiempo, estoy seguro.

—Le prometo que no.

—Quizá no para ti —dijo el rey—. Pero el tiempo no es igual para los locos y los ciegos.

Kell sonrió. El rey estaba de buen humor hoy. No siempre era así. Kell nunca estaba seguro de en qué estado iba a encontrar a Su Majestad. Quizá había parecido más de un mes porque la última vez que Kell lo había visitado, el rey había tenido otro de sus berrinches y Kell apenas había podido calmar sus nervios crispados lo suficiente como para entregarle su mensaje.

—Quizá es el año lo que ha cambiado —prosiguió el rey—, y no el mes.

—Ah, pero el año es el mismo.

—¿Y qué año es ese?

Kell frunció el ceño.

—Mil ochocientos diecinueve —dijo.

Una sombra recorrió el rostro del rey George, y luego simplemente sacudió la cabeza y dijo «tiempo», como si una sola palabra pudiera ser la culpable de todo.

—Siéntate, siéntate —agregó, señalando la habitación—. Debe de haber otra silla por algún lado.

No la había. La habitación estaba asombrosamente vacía y Kell estaba seguro de que las puertas del pasillo se cerraban y abrían desde el exterior, no desde dentro.

El rey alargó una mano escuálida. Le habían quitado los anillos para evitar que se hiciera daño, y tenía las uñas cortadas a ras de piel.

—Mi carta —dijo, y por un instante Kell vio un destello de lo que George había sido en otro tiempo. Majestuoso.

Kell palmeó los bolsillos de su abrigo y se dio cuenta de que había olvidado sacar las cartas antes de cambiarse. Se quitó la chaqueta con una sacudida de hombros y la devolvió por un momento a su rojo natural para escarbar en los bolsillos hasta encontrar el sobre. Cuando se lo entregó al rey, este lo acarició y tocó el sello de cera —el emblema del trono rojo, un cáliz con un sol naciente—, luego llevó el papel hacia su nariz e inhaló.

—Rosas —dijo melancólicamente.

Se refería a la magia. Kell nunca notaba el suave perfume aromático del Londres Rojo que se adhería a su ropa, pero siempre que viajaba alguien le decía que olía a flores recién cortadas. Algunos olían tulípanes. Otros, lirios. Crisantemos. Peonías. Para el rey de Inglaterra, siempre eran rosas. A Kell le alegraba saber que era un olor placentero, incluso aunque él no pudiera percibirlo. Podía oler el Londres Gris (humo) y el Londres Blanco (sangre), pero, para él, el Londres Rojo simplemente olía a casa.

—Ábrela —indicó el rey—. Pero no estropees el sello.

Kell hizo lo que le ordenaron y sacó el contenido. Por una vez, agradeció que el rey ya no pudiera ver, así no descubriría lo breve que era la carta. Tres líneas cortas. Un acto de cortesía a una figura insigne enferma, pero nada más.

—Es de mi reina —explicó Kell.

El rey asintió.

—Continúa —ordenó, con un semblante majestuoso que contrastaba con su frágil complexión y su voz entrecortada—. Continúa.

Kell tragó con fuerza.

—Saludos a Su Majestad, el rey George III —leyó—, del trono vecino.

La reina no se refirió a él como trono rojo ni envió saludos desde el Londres Rojo (aunque la ciudad era, en verdad, bastante

carmesí, gracias a la luz intensa y penetrante del río), porque no pensaba en ellos de esa manera. Para ella, y para todos los demás que habitaban solo en un Londres, no había casi ninguna necesidad de diferenciarlos. Cuando los gobernantes de uno conversaban con los de otro, sencillamente se referían a ellos como los otros o los vecinos o, en ocasiones (y en particular si hablaban con el Londres Blanco), términos menos halagadores.

Solo aquellos pocos que podían viajar entre los Londres necesitaban una forma de diferenciarlos. Y entonces Kell —inspirado en la ciudad perdida y conocida por todos como Londres Negro— le había otorgado un color a cada una de las capitales que quedaban.

Gris, para la ciudad sin magia.

Rojo, para el imperio próspero.

Blanco, para el mundo hambriento.

En verdad, las ciudades mismas se parecían muy poco entre sí (y los países que las rodeaban y los de más allá, incluso menos). El hecho de que todas se llamaran *Londres* era en sí un misterio, aunque la teoría dominante era que una de las ciudades había adoptado el nombre mucho tiempo atrás, antes de que las puertas fueran selladas y lo único que se permitiera pasar fueran las cartas entre reyes y reinas. En cuanto a qué ciudad se llamaba así originalmente, nadie se ponía de acuerdo.

—Esperamos noticias de que se encuentre bien —continuaba la carta de la reina— y que esta estación sea tan hermosa en su ciudad como lo es en la nuestra.

Kell hizo una pausa. No había nada más escrito, salvo por una firma. El rey George se retorció las manos.

—¿Eso es todo lo que dice? —preguntó.

Kell dudó.

—No —dijo, doblando la carta—. Ese es solo el comienzo.

Se aclaró la garganta y empezó a caminar, mientras ordenaba sus pensamientos y fingía que la carta de la reina continuaba.

—Gracias por preguntar por nuestra familia, dice. El rey y yo estamos bien. El príncipe Rhy, por otro lado, continúa asombrándonos y enfureciéndonos a partes iguales, pero al menos el mes ha transcurrido sin que se rompiera el cuello o se

comprometiera con una pareja poco apropiada. Las gracias se las debemos solo a Kell, por evitar que llevara a cabo alguna de esas cosas, o las dos.

Kell tenía todas las intenciones de dejar que la reina se explayara sobre sus méritos, pero justo en ese momento el reloj de pared dio las cinco, y Kell maldijo en voz baja. Llegaba tarde.

—Hasta mi próxima carta —concluyó de forma apresurada—, manténgase contento y bien. Con cariño. Su Alteza Emira, reina de Arnes.

Kell esperó que el rey dijera algo, pero sus ojos ciegos tenían una mirada fija y lejana, y aquel temió haberlo perdido. Apoyó la carta doblada sobre la bandeja de té, pero, antes de que cruzara la estancia para marcharse, la voz del rey le hizo detenerse.

—No tengo una carta para ella —murmuró.

—Está bien —dijo Kell con suavidad. Hacía años que el rey era incapaz de escribir ninguna. Algunos meses lo intentaba, arrastrando la pluma descuidadamente por el papel, y otros, insistía en que Kell transcribiese sus palabras, aunque la mayoría de las veces, solo le daba a Kell el mensaje y este prometía recordarlo.

—Verás, no tuve tiempo —agregó el rey, intentando conservar algún vestigio de dignidad. Kell se lo concedió.

—Entiendo —dijo—. Le daré sus saludos a la familia real.

Kell se dio la vuelta para marcharse, pero el anciano rey lo detuvo de nuevo.

—Espera, espera —llamó—. Vuelve.

Kell se detuvo. Sus ojos se dirigieron hacia el reloj. Era tarde, y todavía se retrasaba más. Se imaginó al príncipe regente sentado a su mesa en St. James, aferrado a la silla y enfadado en silencio. Aquel pensamiento hizo sonreír a Kell, así que se volvió hacia el rey mientras este sacaba algo de su bata con dedos torpes.

Era una moneda.

—Se está desvaneciendo —dijo el rey, tomando el metal en sus manos avejentadas como si fuese algo precioso y frágil—. Ya no siento la magia. No puedo olerla.

—No es más que una moneda, Su Majestad.

—No es así y lo sabes —gruñó el anciano—. Vacía tus bolsillos.

Kell suspiró.

—Me va a meter en problemas.

—Vamos, vamos —dijo el rey—. Será nuestro pequeño secreto.

Kell metió la mano en el bolsillo. La primera vez que había visitado al rey de Inglaterra, le había dado una moneda como prueba de quién era y de dónde venía. La historia de los otros Londres se le confiaba a la corona y se transmitía de heredero a heredero, pero habían pasado años desde la última vez que un viajero los había visitado. El rey George había echado una mirada al delgado muchacho, había entornado los ojos y tendido su mano rolliza, y Kell había apoyado la moneda en su palma. Era un simple lin, muy parecido a un chelín gris, solo que estaba marcado con una estrella roja en vez de con el rostro de un miembro de la realeza. El rey cerró el puño alrededor de la moneda y se la llevó a la nariz para aspirar su aroma. Y luego había sonreído mientras se guardaba la moneda en el abrigo e invitaba a Kell a entrar.

Desde ese día, cada vez que Kell le hacía una visita, el rey insistía en que la magia se había desvanecido y se la hacía cambiar por otra, una moneda nueva que resultaba tibia al tacto por llevarla en el bolsillo. Todas las veces, Kell le decía que estaba prohibido (lo estaba, de manera explícita) y todas las veces el rey insistía en que era su pequeño secreto, y Kell suspiraba y buscaba un lin nuevo dentro del abrigo.

Cogió el viejo lin de la palma de la mano del rey, lo reemplazó por uno nuevo y dobló con suavidad los dedos huesudos de George a su alrededor.

—Sí, sí —susurró el doliente rey a la moneda que había en su mano.

—Cuidese —dijo Kell, mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Sí, sí —repitió el rey, al tiempo que su concentración se desvanecía hasta alejarse del mundo y su invitado.

Las cortinas estaban amontonadas en una esquina de la habitación, y Kell echó la pesada tela a un lado para revelar una marca en el patrón del empapelado. Un sencillo círculo dividido por una línea, dibujado con sangre hacía un mes. En otra pared de otra

habitación de otro palacio, se encontraba esta misma marca. Eran como picaportes en una misma puerta.

La sangre de Kell, junto con un token, le permitía a este viajar entre los mundos. No necesitaba especificar un lugar, porque allí donde él estuviese, es donde se encontraría. Pero para construir una puerta dentro de un mundo, ambos lados debían estar marcados exactamente con el mismo símbolo. No servían a no ser que fueran idénticos. Kell lo había aprendido por las malas.

El símbolo en la pared aún estaba nítido desde su última visita, los bordes apenas se habían emborronado, pero daba igual. Había que rehacerlo.

Se arremangó y liberó el cuchillo que llevaba atado al antebrazo. Era un cuchillo magnífico, una obra de arte; forjado en plata desde la punta hasta la empuñadura y grabado con las letras K y L.

El único vestigio de otra vida.

Una vida que no conocía. O, al menos, no recordaba.

Kell llevó el filo al dorso de su antebrazo. Aquel día ya se había hecho un corte para crear la puerta que lo había traído hasta aquí. Se cortó una segunda vez. Su sangre, de un rojo rubí intenso, brotó de la herida abierta. Metió el cuchillo de nuevo en la funda, y se llevó los dedos al corte y luego a la pared para redibujar el círculo y la línea que lo atravesaba. Kell se bajó la manga para tapar la herida —se trataría los cortes en cuanto llegase a casa— y echó una última mirada al balbuceante rey antes de presionar la palma de la mano abierta contra la marca en la pared.

La marca vibró con magia.

—*As Tascen*—dijo. *Trasladar.*

El papel estampado ondeó, se ablandó y cedió bajo su tacto, y Kell dio un paso adelante y lo atravesó.

II



Entre un paso y el otro, el lúgubre Windsor se transformó en el elegante St. James. La sofocante habitación-celda daba paso a tapices brillantes y plata reluciente, y los murmullos del rey desequilibrado fueron reemplazados por un silencio pesado y un hombre sentado a una mesa ornamentada, que sostenía una copa de vino y parecía completamente ofendido.

—Llegas tarde —observó el príncipe regente.

—Mis disculpas —dijo Kell con una reverencia demasiado corta—, tenía un encargo.

El príncipe regente bajó su copa.

—Pensé que yo era tu encargo, maestro Kell.

Kell se enderezó.

—Mis órdenes, Su Alteza, eran ver primero al rey.

—Quisiera que no lo consintieses —dijo el príncipe regente, cuyo nombre también era George (Kell encontraba la costumbre del Londres Gris de que los hijos llevaran el nombre del padre tan redundante como confusa), haciendo un gesto displicente con la mano—. Le levanta el ánimo.

—¿Eso es malo? —preguntó Kell.

—Para él, sí. Después no habrá quien lo pare. Se pondrá a bailar encima de las mesas, mientras habla de magia y otros Londres. ¿Qué truco le has enseñado esta vez? ¿Lo has convencido de que puede volar?

Kell había cometido ese error una vez. Se había enterado en su siguiente visita de que el rey de Inglaterra casi había salido caminando por la ventana. Del tercer piso.

—Le aseguro que no hice ninguna exhibición.

El príncipe George se pellizcó el puente de la nariz.

—No puede mantener la boca cerrada como antes. Por eso está confinado en sus dependencias.

—Es un prisionero, ¿entonces?

El príncipe George pasó la mano por el canto dorado de la mesa.

—Windsor es un lugar perfectamente respetable para estar retenido.

«Una prisión respetable sigue siendo una prisión», pensó Kell, mientras sacaba una segunda carta del bolsillo de su abrigo.

—Su correspondencia.

El príncipe lo forzó a quedarse allí de pie mientras leía la carta (nunca comentaba sobre la forma en que olía a flores) y también cuando sacó la contestación a medio terminar del bolsillo de su abrigo para acabar de escribirla. Claramente se estaba tomando su tiempo en un empeño por fastidiar a Kell, pero a este no le importó. Se entretuvo repiqueteando los dedos contra el canto de la mesa ornamentada. Cada vez que iba desde el meñique al índice, una de las muchas velas de la habitación se apagaba.

—Debe de tratarse de una corriente de aire —dijo distraídamente, mientras el príncipe regente presionaba con más fuerza la pluma. Para cuando terminó la carta, había roto dos plumas y estaba de mal humor, mientras que Kell descubrió que su estado de ánimo había mejorado bastante.

Extendió una mano para recibir la carta, pero el príncipe regente no se la dio. En vez de eso, se apoyó en la mesa para ponerse de pie.

—Estoy rígido de estar sentado. Camina conmigo.

A Kell no le entusiasmaba la idea, pero como no podía irse realmente con las manos vacías, no le quedó más remedio que aceptar. Aunque no sin antes guardarse en el bolsillo la última pluma que el príncipe había dejado intacta sobre la mesa.

—¿Regresarás directamente? —preguntó el príncipe George, mientras conducía a Kell por el pasillo hasta una discreta puerta, semioculta detrás de una cortina.

—Dentro de poco —dijo Kell, que lo seguía medio paso por detrás. Dos miembros de la guardia real se les habían unido en el pasillo y ahora caminaban sigilosamente por detrás, como sombras. Kell sentía sus miradas sobre él y se preguntó cuánto les habrían contado acerca de su invitado. Se esperaba que la realeza estuviera al tanto de la situación, pero el conocimiento de aquellos que estaban a su servicio quedaba a su criterio.

—Pensé que solo tenías que tratar asuntos conmigo —dijo el príncipe.

—Soy un admirador de su ciudad —respondió Kell con tranquilidad—. Y lo que hago es agotador. Iré a caminar un rato y a tomar un poco de aire, luego emprenderé el camino de regreso.

La boca del príncipe era una línea delgada y amarga.

—Me temo que el aire no es tan reparador aquí en la ciudad como lo es en la campiña. ¿Cómo nos llamas...?, ¿el Londres Gris? Hoy en día el nombre resulta de lo más acertado. Quédate a cenar.

El príncipe terminaba casi todas las oraciones con una orden. Incluso las preguntas. Rhy hacía lo mismo, y Kell suponía que era debido a que no estaba acostumbrado a que le dijeran que no.

—Estarás mejor aquí —insistió el príncipe—. Deja que el vino y la compañía te revitalicen.

Parecía una oferta bastante amable, pero el príncipe regente no hacía las cosas por amabilidad.

—No puedo quedarme —aseguró Kell.

—Insisto —dijo el príncipe—. La mesa está lista.

«¿Y quién viene?», se preguntó Kell. ¿Qué quería el príncipe? ¿Exhibirlo? Sospechaba que aquello le gustaría mucho, aunque tan solo fuera porque al joven George los secretos le resultaban engorrosos y prefería los espectáculos. Pero a pesar de todos sus defectos, el príncipe no era tonto, y solo un tonto le daría a alguien como Kell la oportunidad de llamar la atención. El Londres Gris había olvidado la magia hacía mucho tiempo. Kell no sería quien se la recordara.

—Es generoso de su parte, Su Alteza, pero es mejor que siga siendo un espectro y no un espectáculo. —Kell inclinó la cabeza de modo que el cabello dejó al descubierto sus ojos, y reveló no solo el celeste del ojo izquierdo, sino también el negro azabache del derecho. Un negro que se extendía de un extremo a otro, y teñía tanto la parte blanca como el iris. No había nada humano en ese ojo. Era magia pura. La marca de un mago de sangre. De un *antari*.

Kell disfrutó de lo que vio en los ojos del príncipe regente cuando este intentó sostenerle la mirada. Cautela, incomodidad... y miedo.

—¿Sabe por qué nuestros mundos se mantienen separados, Su Alteza? —No esperó a que el príncipe respondiera—. Es para mantener el suyo a salvo. Verá, hubo un tiempo, siglos atrás, en que no estaban tan separados. En que las puertas atravesaban su mundo y el mío, y otros, y cualquiera con un poco de poder podía pasar a través de ellas. La magia misma podía atravesarlas. Pero lo que tiene la magia —agregó Kell— es que corroe a los obstinados y a los de voluntad débil, y uno de los mundos no pudo contenerse. La gente se alimentó de la magia y la magia se alimentó de ellos, hasta que devoró sus cuerpos y sus mentes, y luego sus almas.

—El Londres Negro —susurró el príncipe regente.

Kell asintió. No había sido él quien había determinado el color de esa ciudad. Todos —al menos todos en los Londres Rojo y Blanco y aquellos pocos en el Gris que sabían algo— conocían la leyenda del Londres Negro. Era un cuento para antes de dormir. Un cuento de hadas. Una advertencia. Acerca de la ciudad —y el mundo— que ya no existía.

—¿Sabe qué tienen en común el Londres Negro y el suyo, Su Alteza? —Los ojos del príncipe regente se entrecerraron, pero no le interrumpió—. A ambos les falta templanza —dijo Kell—. Ambos ansían poder. La única razón por la que su Londres aún existe es porque fue aislado. Aprendió a olvidar. Y es mejor que no recuerde. —Lo que Kell no mencionó fue que las venas del Londres Negro estaban repletas de magia y el Londres Gris apenas si tenía algo; quería dejar clara la cuestión. Y por lo que parecía, lo había logrado. Esta vez, cuando extendió la mano para tomar la

carta, el príncipe no se opuso, ni siquiera se resistió. Kell se metió el pergamino en el bolsillo, junto a la pluma que había robado.

—Gracias, como de costumbre, por su hospitalidad —dijo, haciendo una reverencia exagerada.

El príncipe regente llamó a un guardia con un chasquido de dedos.

—Asegúrese de que el maestro Kell llegue a donde sea que se dirija. —Y entonces, sin más palabras, se dio la vuelta y se alejó caminando.

Los guardias reales dejaron a Kell en el límite del parque. El palacio de St. James se cernía detrás de él. El Londres Gris se extendía por delante. Respiró hondo y percibió el humo en el aire. Por más ansioso que estuviera por volver a casa, tenía algunos asuntos que atender y, después de lidiar con el príncipe regente, a Kell le vendría bien un trago. Así que se sacudió las mangas, enderezó el cuello de su abrigo y salió hacia la ciudad.

Sus pies lo llevaron por el parque de St. James, a lo largo de un camino de tierra tranquilo que avanzaba al lado del río. El sol se estaba poniendo y corría un aire fresco, una brisa otoñal que agitaba los bordes de su abrigo negro. Se encontró con una pasarela de madera que se extendía sobre el arroyo y sus botas resonaron suavemente cuando la cruzó. Kell se detuvo en el arco del puente; con el palacio de Buckingham iluminado por faroles detrás de él y el Támesis delante. El agua salpicaba suavemente debajo de las tablillas de madera. Descansó los codos en la barandilla y la contempló fijamente. Cuando flexionó los dedos con un gesto distraído, la corriente se detuvo, y el agua, lisa como el vidrio, permaneció inmóvil debajo de él.

Miró su reflejo.

—No eres tan guapo —decía Rhy siempre que pescaba a Kell mirándose al espejo.

—No me canso de mirarme —respondía Kell, aunque nunca se miraba a sí mismo (no todo su ser, en cualquier caso), solo a su ojo. El derecho. Incluso en el Londres Rojo, donde florecía la magia, este lo hacía distinto a los demás. Lo señalaba siempre como el otro.

Se oyó una risa cantarina a la derecha de Kell, seguida de un gruñido y otros pocos ruidos menos distinguibles. La tensión desapareció de la mano de Kell y el arroyo volvió a la vida debajo de él. Siguió avanzando hasta que el parque dio paso a las calles de Londres y luego a la forma evocadora de Westminster. Kell le tenía cierto cariño a la abadía y le hizo un gesto con la cabeza, como si fuera una vieja amiga. A pesar del hollín y la suciedad de la ciudad, el caos y la gente empobrecida, tenía algo que le faltaba al Londres Rojo: una resistencia al cambio. Un aprecio por lo duradero y el esfuerzo que requería hacer que algo perdurase en el tiempo.

¿Cuántos años había llevado la construcción de la abadía? ¿Y cuántos más estaría en pie? En el Londres Rojo, los gustos cambiaban tan a menudo como las estaciones y, con ellos, los edificios se levantaban, se demolían y se volvían a levantar con diferentes formas. La magia hacía las cosas sencillas. «A veces —pensó Kell— las hacía demasiado sencillas».

Pero aquí, la abadía de Westminster siempre estaba en pie, esperando para saludarlo.

Dejó la impresionante estructura de piedra atrás y se abrió camino por las calles, atestadas de carruajes, y por una callejuela que abrazaba el jardín del decano, rodeado de un muro de piedras musgosas. La estrecha callejuela se volvió más angosta aún, hasta terminar finalmente frente a una taberna llamada Tiro de Piedra.

Y allí también se detuvo Kell, que se quitó el abrigo con una sacudida de hombros. Le dio la vuelta una vez más de izquierda a derecha, cambiando el lado negro con botones plateados por un aspecto más modesto y gastado: una chaqueta marrón de cuello alto con los dobladillos deshilachados y los codos pelados. Se palmeó los bolsillos y, satisfecho de estar listo, entró.